

el mozo, porque este come proporcionalmente menos. Por otra parte, al paso que los órganos se van desjugando y endureciendo, se engruesan mas lentamente, las fibras se ponen menos estensibles, los canales se obstruyen por grados, cuájanse las mallas, el alimento pasa con mas dificultad, y no empleándose ya en la composicion de los órganos, para en grasa, ó se trasforma en sémén para producir otro sér.

Niños hay que crecen con mayor rapidez que otros, y cuya economía es mas temprana. Las niñas estan formadas mucho tiempo antes que los niños, ya sea porque su organizacion necesite menos solidez y nutrimento, ya sea porque la sensibilidad de su sistema nervioso comunique mayor rapidez á sus medros, ó porque siendo su cuerpo naturalmente mas delicado, mas ténues sus fibras, y menos cerrado y resistente el tejido de sus órganos, adquieran mas presto su última perfeccion.

Tal es sobre la tierra la carrera del hombre; tiene ya al nacer la cuarta parte de su estatura venidera, y la mitad á los dos años y medio (pues todos los séres crecen prontamente en la edad primera, á causa de la flojedad de los órganos y el impulso del movimiento vital); á los diez años alcanza las tres cuartas partes de su estatura, que completa á los diez y ocho: pasada esta época se va abultando hasta la edad de veinte y siete años, y si cuadra con su complexion, ensancha todavía su corpulencia hácia los cuarenta años, plazo en que la vida se va apocando en el desempeño de sus incumbencias.

La estatura humana es por toda la tierra entre cinco y seis pies, esceptuando los pueblos hiperbóreos, que no llegan á cinco. La mujer es siempre menor que el hombre; la duracion comun de su vida es, en nuestros tiempos y con nuestros hábitos sociales, bajo los diversos climas de la tierra, de unos setenta años.

ARTICULO SEGUNDO.

DE LA PUBERTAD, DEL AMOR, Y DE LA MENSTRUACION EN LAS MUJERES.

HASTA ahora solo hemos visto en el hombre un ente individual propenso á la dependencia, á las escaseces; pronto le veremos sobreponerse á la tutela, robusteciéndose, y llevando consigo el semillero de nuevas vidas. El infante solo existe para sí; no es, propiamente hablando, de ningun sexo; y no pertenece sino á la actualidad. El ente, ya mozo, no yace aislado en la naturaleza, forma parte de la especie entera, y es en cierto modo ciudadano de la posteridad: su existencia pertenece á las edades venideras; es un vástago cuyas ramas se perderán en la eternidad de los siglos. Ya no vive para sí; crece para la especie humana; siendo, como es, miembro integrante de esta familia inmensa, no pertenece ya á sí solo sino á todos.

En esta época brillante de la vida pierde el niño

su nulidad, y se convierte en *hombre* ó en *mujer*; el sexo que en él se abulta le revela el secreto de su poder: levántase en lo íntimo de su corazón un impulso nuevo que le dice no es ya indiferente en la tierra, que su cuerpo está dotado de mas vida de la que necesita, y que esta propende á esplayarse.

Propiamente hablando, existimos para nuestra especie, y no para nosotros mismos; pues en la infancia vivimos apenas, no poseemos mas que la mitad de la vida; y en la vejez arrastramos desconsoladamente los escombros y ruinas de nuestra existencia. Pero cuando gozamos de una vitalidad rebosante, ya no nos pertenece, y desvíase de nosotros para formar nuevos entes. La edad de la producción es la única importante, según el orden de la naturaleza; para ella sola fueron creados la fuerza, la salud, el deleite, la hermosura y el amor; en esta época única asoman y descuellan el despejo y la pujanza del espíritu: cuando perdemos la facultad jenerativa, despídense de nosotros todas esas ventajas: desaparece el amor, marchítase la hermosura, mengua el vigor, apágase el númen, y huyen al vuelo placeres y sanidad; el tiempo nos arrebatá todas nuestras ilusiones y deleites, no dejando en la copa de la vida mas que la amargura de la hez. Parece que solo para la reproducción fuimos arrojados á la tierra; fuera de esta época, todo es apocamiento, quebranto, desamparo y desvalimiento. Ambos extremos de nuestra existencia se hunden en dos rios eternos, el del nacimiento y el de la destrucción; solo el medio pertenece á la espe-

cie, porque á ella únicamente debemos nuestro vigor, y á ella sola hemos de restituirlo.

En efecto, este destello de vida que llevamos con nosotros es un don de nuestros padres, que lo recibieron de sus mayores, y estos de otros que les precedieron en la dilatada carrera de los siglos. Así pues, la existencia no es mas que un traspaso, un eslabonamiento de las mismas facultades, desde el origen de la especie humana hasta nosotros, ó, en otros términos, no vivimos para nosotros, sino para la especie que nos da el sér, puesto que sin ella no existiéramos. Puede decirse que los individuos no existen realmente por sí mismos; viven de prestado, no son mas que usufructuarios efimeros de un caudal de vida elemental que reside en el conjunto de los entes organizados. La jeneración no es mas que el paso del movimiento vital de un cuerpo organizado á una materia dispuesta á organizarse, y la naturaleza solo conoce el acto de la jeneración, objeto único de todos sus desvelos. Lo que llamamos *amor* no es otra cosa que la manifestación esterna de este movimiento vital que propende á esplayarse por otros entes para comunicarles la vida. El amor lo anima todo; á él debemos las semillas de nuestra existencia.

La potestad creadora, ó el ímpetu vital que recibimos por el acto de la jeneración, obra de dos modos: 1º. en el interior de los individuos de ambos sexos, haciéndoles crecer, nutrirse y fortalecer; 2º. al exterior, por los órganos sexuales, comunicándose con una materia adecuada para herma-

narse. Mientras esta potestad del amor obra únicamente en el individuo, permanece en él concentrada; pero cuando eleva el cuerpo á un estado de pujanza y perfeccion incapaz de mayor aumento, vese obligada á esplayarse. Cuanto mas se traslada al exterior, obra menos en el interior del individuo; en efecto, se ha observado que la jeneracion apoca sumamente el cuerpo, y que desmerecemos al paso que la vamos ejerciendo. Esta ley es análoga á la del impulso de los cuerpos inertes, los cuales se menguan en razon del movimiento que comunican á los obstáculos inmediatos.

Además de estas comunicaciones vitales entre ambos sexos para la reproduccion de un nuevo sér, nótanse de un individuo á otro ciertas simpatías y antipatías que traen el mismo orijen. La simpatía mas poderosa es la del amor. Esta propagacion de las propensiones animales entre dos sexos se verifica segun ciertas leyes que es del caso desentrañar, porque no se efectua indistintamente entre toda mujer y todo hombre, puesto que amamos ciertas personas mas que á otras, y existen secretas relaciones que obran en unos individuos, y en otros no.

Vamos á esplicar lo que entendemos por estas simpatías. Sabido es que si se hace vibrar un cuerpo sonoro cerca de otro cuerpo semejante, tambien sonoro y en estado de reposo, pronto vibrará este último al uníson; así pues, una cuerda tendida cerca de otra cuerda ajitada, una campana cerca de otra que se toque, entrarán en vibracion.

El cuerpo humano y su sistema nervioso pueden

adquirir cierto estado de sensibilidad y movilidad, no porque los nervios esten jamás tendidos como cuerdas, segun equivocadamente se ha creido, pues vemos que estan flojos en el mismo cuerpo vivo; sino porque prueba la esperiencia que su actividad aumenta ó disminuye, escitándola con espíritus y aromas, minorándola con narcóticos, y porque vemos además ciertos hombres mas vivos, mas fogosos y mas airables que otros.

Supongamos pues un cuerpo humano en un estado determinado de escitabilidad, y comparémoslo con un cuerpo sonoro en estado de vibracion. Si le acercamos otro cuerpo humano de naturaleza análoga, deberá este ponerse acorde con el primero. Este requisito de semejanza es indispensable para producir la simpatía, y sin esto no tiene cabida. Póngase en conexion á dos jóvenes de ambos sexos, y hallándose su constitucion física y moral en una situacion casi semejante, tanto con respecto á la edad como al grado de sensibilidad, veráse que los vaivenes nerviosos del uno se comunicarán al otro; por donde habrá simpatía, concordancia, amor: pues siendo los cuerpos organizados una armonía, están siempre buscando sus consonancias.

Pero si de los dos individuos, está el uno dotado de diferente complexion; si el uno es viejo, y joven el otro, ya no puede haber consonancia ni armonía en la agitacion de los nervios; ya no hay simpatía, sino indiferencia ó inaccion. Así pues, los verdaderos concentos del amor nacen de la igualdad de dos desigualdades.

Por último, si las dos complexiones se hallan en condiciones opuestas; si la una es muy irritable, y muy apática la otra, estallará la disonancia, y habrá mútua antipatía. Esta es, á mi entender, la razon porque los hombres de índole disparada y fogosa no pueden avenirse con los de carácter flojo y apático, ni estos con aquellos.

De la semejanza que hay entre dos complexiones nacen el amor, la simpatía, la amistad, la compasion; y finalmente todo lo que deriva de las relaciones jeniales: de la discordancia de los sistemas nerviosos traen su oríjen la antipatía y el odio; y de su inaccion nace la indiferencia.

Esta relacion de los sistemas nerviosos ó de las complexiones se manifiesta en todos los estados de la vida; así es que vemos al niño ir en busca de otro, al mozo del que lo es, y al anciano de otro anciano, pues todo el mundo anhela la consonancia de su complexion.

Y verificándose tambien esta armonía de un modo dependiente del hábito, de ahí es que amamos sobre todo á las personas en quienes esta conformidad de impulsos y de pensamientos va por el mismo rumbo que los nuestros.

Por esta misma razon nos halaga mas la compañía de nuestros amigos que la de los estraños; pues dos amigos no son mas que dos órganos nerviosos, cuyos sacudimientos simultáneos siguen el mismo rumbo, en circunstancias semejantes, produciendo cabal armonía. Los arranques de entrambos son los mismos, así como lo son los de los dos ojos, ó de

las dos mitades del cuerpo que sienten del mismo modo; porque nuestro cuerpo consta de dos mitades íntimas, esto es, de dos mitades activas y sensibles en sumo grado. Si de los dos ojos es mas poderoso el uno que el otro, miramos bizco; otro tanto sucede en la amistad; si los dos amigos son desiguales, será deslayada su union, no siendo ya ni tan cabales ni tan acordes su intimidad y correspondencia.

¿Porqué en la mocedad propendemos tan intensamente al amor? ¿Porqué necesitamos amigos, queridas y placeres? Porque el sistema nervioso se halla en un punto de estremada sensibilidad, y anda buscando por todas partes su consonancia; como que, cuando solo, no es mas que una mitad. Nuestra doble organizacion, formada de dos mitades apareadas, provoca en nosotros el deseo de dobles sensaciones. Así como tenemos dos ojos y dos oidos que nos franquean acordes una misma sensacion, anhelamos por semejanza los impulsos dobles que acarrea la mútua correspondencia, y experimentamos en este caso fruiciones parecidas á las consonancias armónicas.

Cuanto mas cabal es el temple de dos sistemas nerviosos, mas entrañable es el deleite, porque entonces recibimos hasta cierto punto doble vida; ensanchamos otro tanto nuestra esfera, apropiándonos, por decirlo así, otro sistema nervioso, el cual se incorpora con el nuestro por su misma conformidad, tanto mas íntima cuanto mas adecuada.

Las personas mas despejadas y escitables son tam-

bien las mas propensas al efecto de las simpatías y antipatías, segun lo estamos viendo de continuo, porque su sistema nervioso entra en un estado de escitacion, ó muy análogo, ó muy opuesto, al de las personas impresionadas. Esta hermandad íntima de dos sistemas nerviosos es la que constituye el mas entrañable embeleso del cariño. Así es que, en medio del deleite, es tanto mas intenso el placer, cuanto mas correspondido el embebecimiento; de suerte que el hombre no tan solo disfruta lo que siente, sino tambien lo que percibe el objeto amado.

El logro entonces viene á ser doble, porque cada cual se va apropiando las sensaciones que corresponden á entrambos. Si nos fuese dable mirar á un mismo tiempo con nuestros ojos y los ajenos, no dudo que nos resultara suma complacencia; y es tan intenso nuestro apego á este jénero de consonancias, que anhelamos ser correspondidos, y nos halaga sobre manera la aprobacion de los demás.^{sup.}

Preguntarásenos tal vez porque un hombre se encariña menos con otro hombre que con una mujer: á esto responderemos que las simpatías son de dos jéneros; la una relativa á los individuos, la otra al sexo. Dos hombres se aficionan por la simpatía sencilla é individual que procede de la correspondencia de su organizacion; pero un hombre y una mujer se atraen, no solo por esta primera y sencilla simpatía, sino tambien por la que corresponde á los séres encontrados. Un estado particular del órgano sexual masculino produce otro semejante en el correspondiente órgano sexual femenino. Esta simpatía

es poderosísima, pues todo es conforme entre dos órganos correspondientes, cuando adquieren el mismo grado de escitacion. En efecto, todas las partes de nuestro cuerpo dotadas de cierta vitalidad peculiar, prorumpen igualmente en simpatías particulares; nuestros órganos obran unos sobre otros, comunicanse entre sí todos sus vaivenes, y cada uno de ellos se esplaya por su esfera de sensibilidad, la cual se engrana en las esferas de los órganos inmediatos.

Pero, ¿de donde dimana esta necesidad de impulsos semejantes en otro cuerpo? Nace, á mi entender, de nuestra conformacion orgánica doble: échase de ver fácilmente que el cuerpo del hombre y de la mayor parte de los animales se compone de dos mitades unidas en su longitud, por donde tenemos dos ojos, dos oídos, dos ventanas de la nariz, dos hemisferios en el cerebro, dos pies, dos manos, dos testículos, etc. Las partes del medio del cuerpo, tales como la lengua, el pene, etc., están asimismo formadas de dos mitades simétricas reunidas y soldadas por el medio. Esta doble conformacion en los órganos de los sentidos nos da dobles sensaciones físicas; pero como obran en un mismo instante, parécennos únicas y sencillas, porque se interpolan y confunden en un mismo cuerpo como nuestros órganos dobles.

Es así que percibimos por medio de órganos dobles dotados de fuerzas próximamente iguales ó acordes; y de ahí es que nuestros conceptos y nuestro entendimiento brotan de estas impresiones do-

bles y simultáneas, á las cuales estamos acostumbrados desde nuestro nacimiento. Por consecuencia de este hábito y de la doble conformacion de los hemisferios del cerebro, andamos al exterior en pos de sensaciones dobles al tenor de dicha hermandad. Por esta causa apetecemos la simetría en los objetos, nos halagan las correspondencias, nos complacen las comparaciones, y nos deleitan las conformidades, las armonías y las consonancias. Todo lo inconexo nos aparece como apeado de la gran trama de los entes: la unidad que nos embelesa es la correspondencia adecuada de dos objetos semejantes, pues todos son relativos; todo en el universo tiene sus enlaces y armonías, y tampoco carece de ellas la misma desavenencia.

Este principio de union y correspondencia que advertimos en nosotros es parto al parecer de nuestra doble conformacion, y hallamos pruebas incontrastables de esta realidad en todos los vivientes cuyo cuerpo se compone de dos mitades iguales; al paso que los mariscos univalvos y bivalvos (1), los zoófitos, que no están formados de dos mitades igualmente simétricas, y las especies cuyo cuerpo blando no presenta una figura constante y proporcionada, carecen de este principio de simpatía y consonancia.

La historia natural ha reconocido que todos los animales simétricos, tales como los cuadrúpedos, las aves, los reptiles, los peces, los crustáceos y los

(1) Aunque estos animales parezcan dobles, su organizacion á cada lado no es ni igual ni simétrica.

insectos, tienen siempre separados los sexos en dos individuos diferentes; al paso que los mariscos, los zoófitos, los gusanos, dotados de un cuerpo no simétrico, ó de naturaleza blanda y capaz por lo mismo de revestirse momentáneamente de formas desarregladas, son todos hermafroditas ó andróginas. En efecto, careciendo de órganos simétricos, nunca pueden sentir doble é instantáneamente, como las demás especies; no experimentan sensacion alguna consonante; y ajenos por lo mismo de toda relacion simpática y antipática, no pueden ni amarse ni aborrecerse: esta es la causa porque no pudieron separarse los sexos en estos entes, pues no siendo propensos á unirse, no pudiera perpetuarse su especie. Una ostra se deshermana completamente de las demás, pues sus relaciones se ciñen á sí misma, porque consigo misma se basta. Los caracoles, aunque andróginas, se juntan, pero sin amarse ni agradarse mutuamente, porque siendo cada uno de ellos macho y hembra, da y recibe cada cual al mismo tiempo; verificándose entre ellos un trueque ó permuta, con lo cual se pagan recíprocamente, pues solo andan solícitos de lo que puede halagarles, sin curarse jamás de su vecino. Cuanto mas sencilla es la organizacion de los animales, menor es su correspondencia. El hombre, dotado de la constitucion mas complicada, se esplaya en mayor número de relaciones entre los diversos individuos de su especie, y de ahí nace la multitud de sus simpatías sociales.

Necesitando los animales de sexos separados un

deseo, un afecto recíproco, y siendo forzoso que se agraden, que se busquen, que se soliciten, para producir, fuerza es también que su sensibilidad exterior y las facultades de sus correspondencias simpáticas sean mucho mayores que en las demás especies: es preciso que se establezcan entre los sexos relaciones nerviosas más íntimas. Es así que hallamos estas simpatías en los animales dobles, y no las echamos de ver en las especies no simétricas y hermafroditas, luego queda demostrado que estas correspondencias nerviosas se vinculan en la doble organización y separación de los sexos.

En efecto, á medida que se acabalan las correspondencias sexuales, cesa en todos los entes la indiferencia; y cuando yacen sumidas por la vejez desaparecen todas las simpatías de amor. Aquel arrebataamiento de la vida á los órganos exteriores, al efecto de ponerse en contacto con otro cuerpo, aquellas relaciones sexuales, origen de simpatías peregrinas, son lo que constituye la pubertad.

En la especie humana de nuestros climas, los asomos de la pubertad aparecen por lo comun á la edad de doce á catorce años en las doncellas, y de quince á diez y siete en los mozos; pero estas épocas varían en toda la tierra, 1.º segun el grado de temperatura del clima; 2.º segun la cantidad y calidad de los alimentos; 3.º segun el medro de las facultades morales; 4.º segun el temple del individuo; 5.º segun la complexión de las castas humanas.

En primer lugar, el calor, que acrecienta el empuje vital en todos los cuerpos organizados, arre-

Lam. 3.

Tom. 1.



1. Mujer Árabe 2. Hindu 3. Indianá.

bata los medros y desgasta mas porcion de vida en menor plazo, debe por precision estrechar la época de la pubertad con la del nacimiento. Con esta verdad nos da en rostro el jénero humano desde los polos hasta la zona tórrida. Un Finlandes, un Danes, son apenas púberes á los diez y ocho, ó aun á los veinte y dos años, porque el frio atrasa sus medros; las muchachas de aquellos climas no son casaderas hasta la edad de diez y siete ó diez y nueve años. Al contrario, un Hindo, un Persa, un Árabe, se hallan en disposicion de enjendrar á los trece ó catorce años, y vense entre aquellos pueblos muchachas que ya son madres á la edad de diez á doce años. Las rejiones templadas é intermedias ven anticipar ó rezagar la pubertad de sus moradores segun su grado de calor. En Italia aparecen las mujeres jeneralmente ya formadas á la edad de catorce años; al paso que en la Francia septentrional, no lo estan por lo comun hasta los quince ó diez y seis; pero en todos los países necesitan los hombres mas tiempo para asomar á la pubertad, pues siendo su cuerpo mas robusto, mas compacto, y jeneralmente hablando, mayor y mas sólido que el del sexo femenino, requiere mayor espacio de tiempo para redondear el mismo grado de perfeccion.

Lo prematuro del medro en las partes jenitales no es por cierto una ventaja para el hombre; al contrario, los pueblos que son anticipadamente mozos envejecen y se imposibilitan muy pronto; al paso que los hombres cuya pubertad va en competente pausa, conservan su pujanza, su mocedad, y sus al-

cances reproductivos hasta una edad muy avanzada. Entre los Orientales, que son púberes á los trece ó catorce años, la facultad propagadora mengua ya á los treinta; á esta edad aparecen ya quebrantados, necesitan específicos estimulantes y afrodisíacos para desempeñar el cargo conyugal; por esta misma época desaparece el menstuo en las mujeres; toda su hermosura se aja y marchita desde sus mas tiernos años, cual una flor peregrina, cuya raiz adolece de languidez mortal. Los pueblos septentrionales medran tardiamente, y logrando su corpulencia el plazo adecuado para fortalecerse, conservan por mas tiempo la potestad reproductiva. Así es que se ven entre ellos mujeres que conciben pasados los cuarenta y cinco, y aun los cincuenta años, y hombres capaces de enjendrar á la edad de mas de setenta.

Hase notado que los climas cálidos avivan el ardor amoroso en el sexo femenino, abultando mas sus órganos sexuales; que los logros tempranos, ó que preceden al medro cabal, achican su estatura en la India oriental como en todas partes; otras observaciones pudieran citarse hechas en Otaiti, en Sumatra (1), etc.; y un médico (2) atribuye á los casamientos anticipados y al estrago en las costumbres jermánicas la disminucion de la alta estatura que alcanzaban en lo antiguo los pueblos alemanes, cuando vivian en su primitiva inocencia (3).

(1) Marsden, *Hist. de Sumatra*, tomo II.

(2) Herman Conringio, *De habitu Germanorum*, cap. IX.

(3) Cesar, *Bell. gall.*, lib. V; y Tácito, *Mor. Germanorum*, cap. VIII.

Repetidas observaciones demuestran que si el calor del clima no es la única causa de lo anticipado del flujo menstuo, no por eso deja de ejercer en él un influjo especialísimo. Efectivamente, las mujeres de casta europea que viven en las rejiones septentrionales adolecen del flujo mas tarde que las del mediodía. En Sajonia, Turinjab y la alta Alemania, no empieza el menstuo sino á los quince años, aun en las ciudades (1); es mas tardío en las rejiones septentrionales (2), y en los territorios elevados no asoma hasta los veinte ó veinte y cuatro años (3); así es que las mujeres son aun fecundas á una edad muy avanzada, segun Martine (4), en las islas del Norte, las Orcadas y las Hébridas, y vense en Irlanda mujeres que paren á la edad de sesenta años (5). En Francia aparece por lo comun el menstuo á los catorce años, y á los trece en los departamentos meridionales y en las ciudades populosas, en donde descuella antes el entendimiento, los alimentos son mas cuantiosos, y mas acaloradas las pasiones. En el Langüedoque aparece el menstuo en las mujeres mas pronto que en Paris (6). En Italia estan ya for-

(1) Blumenbach, *Instit. physiol.*, Gotinga, 1798, en 8º, páj. 427 y 506.

(2) Burggravio. *Aer., loc. et aq. Francof.*, páj. 145; Klein, *Hist. nat. Erpac.*, páj. 183.

(3) *Satir. Silesiac.*, nº. 5

(4) *Western Island*, páj. 368.

(5) Boate, *Of Ireland*, páj. 178; Flot, *Oxfordshire*, páj. 199; *Breslauer Sammlung*, año 1724, enero.

(6) Fitzgerald, *Mem.*, páj. 3.